

## **Iconografía de la Inmaculada (nº 182)**

Algunos visitantes de la exposición “La Huella y la Senda” cuestionaron la denominación de Inmaculada de la antigua imagen de la Virgen de Jinámar, alegando que “tenía Niño”. Pero la realidad es que esta advocación de María se ha representado también con su Hijo en los brazos, aunque en el siglo XVII se impuso definitivamente el modelo que conocemos actualmente, esto es, “sin Niño”. La magnífica exposición “Inmaculada” de la catedral de Sevilla (2004), nos ilustró de modo muy didáctico acerca de ambas corrientes iconográficas.

### **Inmaculadas con Niño**

Estas esculturas o pinturas se fundamentaban en la doctrina teológica de la encarnación y de la maternidad divina. Así, el Obispo de Jaén San Pedro Pascual, martirizado en Granada n 1300, dejó escrito en su “Biblia Parva” que “quísola Dios preservar a la Santísima Virgen del pecado original, que era mortal, y toda otra lesión de suciedad. Y esto lo hizo Dios por gracia como Aquél que debía tomar carne de Ella y ser hermoso y el más hermoso de los hijos de los hombres según estaba ya profetizado”. Esta argumentación es la defendida por Duns Scotto y la escuela franciscana inglesa. En el prefacio de la Misa de la Inmaculada Concepción damos gracias a Dios “porque preservaste a la Virgen María de pecado original, para que en la plenitud de la gracia fuese digna madre de tu Hijo”... y en la oración colecta rezamos: “Oh Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, y en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado”.

Entre las imágenes de Inmaculadas con Niño destaca la bellísima talla policromada del monasterio de Silos, anónimo del siglo XV, y la de Duque Cornejo, 1721, de la iglesia del Corazón de Jesús de Sevilla. Entre los pintores que siguieron esta iconografía citamos a Hernando de Esturmio (1555. Colegiata de Osuna); Villegas Marmlejo (segunda mitad del XVI, parroquia de El Pedroso en Sevilla) y “Tota Pulchra” (ca. 1600, anónimo, clarisas de Sevilla).

## **Inmaculadas sin Niño según Francisco Pacheco**

El suegro de Velázquez, Francisco Pacheco, fue el impulsor y definidor de esta iconografía, siguiendo más bien criterios genéticos y estéticos que teológicos. En 1649, en su libro “Arte de la Pintura”, fijó con todo detalle los elementos y las formas de las Inmaculadas sin Niño, que él mismo y otros grandes maestros ya plasmaban en sus obras. Escribe Pacheco: “Sin poner a pleito la pintura del Niño en los brazos, para quien tuviere devoción de pintarla así, nos conformaremos con la pintura que no tiene Niño, porque ésta es la más común... Esta pintura, como saben los doctos, es tomada de la misteriosa mujer que vio San Juan en el cielo, con todas aquellas señales; y, así, la pintura que sigo es la más conforme a esta sagrada revelación del Evangelista, y aprobada de la Iglesia Católica, la autoridad de los santos y sagrados intérpretes y, allí, no solo se halla sin el Niño en los brazos, más aún sin haberle parido, y nosotros, acaba de concebir, le damos hijo... Hase de pintar, pues, en este aseadísimo misterio, esta Señora en la flor de su edad, de doce a trece años, hermosísima niña, lindos y graves ojos, nariz y boca perfectísima y rosadas mejillas, los bellísimos cabellos tendidos, de color de oro; en fin, cuanto fuere posible al humano pincel...”

Estas Inmaculadas Niñas son las que nos legaron los grandes maestros pintores y escultores de los siglos XVII y XVIII, que sería prolijo citar.

Pero va más lejos Pacheco, pues señala los colores de los vestidos y la forma de los astros que rodean a la Mujer del Apocalipsis:

“Hase de pintar con túnica blanca y manto azul... vestida de sol, un sol ovado de ocre y blanco, que cerque toda la imagen, unido dulcemente con el cielo; coronada de estrellas; doce estrellas compartidas en un círculo claro entre resplandores, sirviendo de punto la sagrada frente... Una corona imperial adorne su cabeza que no cubra las estrellas; debajo de los pies, la luna que, aunque es un globo sólido, tomo licencia para hecerlo claro, transparente sobre los países; por lo alto, más clara y visible, la media luna con las puntas abajo”. Se detiene el minucioso artista en demostrar que la

media luna debe pintarse de tal modo que las puntas estén hacia abajo y no hacia arriba, recomendación, que, por cierto, tuvo desigual seguimiento.

Finalmente, propone que en lo alto del cuadro debe ponerse al Padre o al Espíritu Santo, y que la Virgen debe estar rodeada de serafines y ángeles enteros con algunos de los atributos marianos. Del que no quería saber nada Pacheco era del dragón o serpiente, pues comenta con sinceridad y gracejo andaluz: “El dragón, enemigo común, se nos había olvidado, a quien la Virgen quebró la cabeza triunfando del pecado original. Y siempre se nos había de olvidar; la verdad es, que nunca lo pinto de buena gana y lo escusaré cuanto pudiere, por no embarazar mi cuadro con él”.

De las varias representaciones que hizo Francisco Pacheco del tema de la Inmaculada Concepción, tal como él “lo concibió”, nos quedamos con el cuadro de la catedral de Sevilla pintado en 1619, y que reproducimos en esta página. Al pie de la Virgen está la ciudad hispalense y el poeta Miguel del Cid, autor de las famosas coplas inmaculistas, de las que la más popular fue ésta:

“Todo el mundo en general, a voces reina escogida dice que sois  
concebida sin pecado original”

Marzo de 2005.